

JUAN 19,28-37

TEXTO

²⁸Después de esto, sabiendo **Jesús** que todo está cumplido, para ser cumplida la Escritura, dice: “Tengo sed”.

²⁹Había allí un cuenco lleno de vinagre; así que pusieron una esponja llena de vinagre en un hisopo y la acercaron a su boca.

³⁰Así que, cuando **Jesús** tomó el vinagre, dijo: “Todo está cumplido”; e, inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

³¹Así que **los judíos**, como era el día de la preparación, para que los cuerpos no se quedaran en *la cruz* durante el sábado (porque aquel sábado era un día solemne), rogaron a **Pilato** que quebraran sus piernas y se los llevaran.

³²Así que fueron **los soldados** y rompieron las piernas del primero y del otro que habían sido crucificados con **él**; ³³pero, al llegar a **Jesús**, como vieron que ya había muerto, no le quebraron las piernas, ³⁴sino que **uno de los soldados** atravesó su costado con una lanza y, al instante, salió sangre y agua.

³⁵Y el que lo vio ha testimoniado y su testimonio es verdadero y él sabe que dice verdad, para que también **vosotros creáis**.

³⁶Porque estas cosas sucedieron para que fuera cumplida la Escritura: “No le quebrarán ningún hueso”. ³⁷Y, de nuevo, otra Escritura dice: “Mirarán al que traspasaron”».

COMENTARIO

.- **Introducción:** Continuamos con el relato de la crucifixión de Jesús y sus consecuencias. En esta ocasión con las dos últimas escenas, esto es, Vv. 28-30: La muerte de Jesús y el don del Espíritu y Vv. 31-37: Las consecuencias de la muerte: el don del agua y la sangre.

.- **La muerte de Jesús (vv. 28-30):** El relato de la muerte de Jesús se caracteriza por una serie de afirmaciones que indican cumplimiento y perfección. Jesús sabe que ha llegado al final de su vida (v. 28) y se recuerdan sus palabras de 13,1: «les amó hasta el final». Para cumplir las Escrituras, grita sediento y es aliviado con vinagre en una rama de «hisopo». Él ha bebido la copa que el Padre le dio (cf. 18,11). Hay un posible nexo entre el papel de Jesús como Cordero Pascual y la referencia explícita al «hisopo». Ex 12,22-23 ordena a los israelitas que salpiquen sus dinteles utilizando un «hisopo» en el momento del éxodo. A Jesús se le ofrece un hisopo en el momento de su «paso» a través de su muerte (cf. 13,1). Puede también haber un eco del Sal 68 (LXX), que ya fue utilizado en 2,17 y 15,25. Como clímax de estas indicaciones de cumplimiento, Jesús grita «Está cumplido» (v. 30a), una exclamación de logro, casi de triunfo. La tarea encomendada por el Padre (cf. 4,34; 5,36; 17,4) ha sido finalmente concluida.

Jesús ha perfeccionado la tarea que se le encomendó, y el narrador lo confirma con su comentario: «Inclinando su cabeza entregó el espíritu» (v. 30b). En la celebración de los Tabernáculos, el narrador había hecho notar que aún no se había dado el Espíritu porque Jesús no había sido todavía glorificado (7,39). Ahora se vierte el Espíritu. Si la túnica sin costura era un símbolo de la comunidad de los discípulos, y el don de la madre al hijo, y viceversa, preanunció la unidad de la fe, la fe que es la Iglesia de Dios, entonces es sobre la comunidad naciente sobre la que se vierte el Espíritu. Las palabras del narrador no son un eufemismo referido a la muerte. El texto no dice que Jesús «entregó su espíritu». El verbo utilizado tiene el significado básico de «entregar, comunicar, confiar», y el artículo determinado indica que se

trata de «el Espíritu». Al llevar a su perfección la tarea encomendada por el Padre, Jesús entrega, confía, el Espíritu a su nueva familia reunida al pie de la cruz (vv. 25-27).

.- **Las consecuencias de la muerte de Jesús (vv. 31-37)**: La preparación de la Pascua exige que se quitaran los cuerpos de los crucificados de sus lugares de tortura. La preocupación por la pureza ritual, que se manifiesta en las purificaciones rituales de «los judíos» para la preparación de esta Pascua (11,55-57) y en su negativa a entrar en el pretorio (18,28), se mantiene irónicamente hasta el final del relato de la pasión (19,31). A los dos hombres que habían sido crucificados con Jesús se les quiebran las piernas, pero esto no le pasa a Jesús. Ya está muerto. Su costado es atravesado con una lanza, de donde brota sangre y agua (vv. 31-34). Se cumple la Escritura al sacrificar al Cordero Pascual sin quebrantarle ningún hueso (cf. Sal 34,20-21; Ex 12,10.46; Nm 9,12). Una vez hecha la concesión a la reinterpretación de estos acontecimientos como cumplimiento de la Escritura, el relato no podría haber sido otra cosa que un informe de los acontecimientos que podrían haber sucedido, incluyendo el brote de sangre y agua de la herida del cuerpo muerto de Jesús.

Pero, inesperadamente, el narrador se pone a hacer un comentario personal que no tiene paralelo en todo el evangelio. El narrador insiste en el testimonio personal y en la veracidad de su testimonio. El narrador transmite el relato de estos acontecimientos a la otra generación «para que también vosotros podáis creer» (v. 35). La sangre y el agua deben tener un significado especial para los lectores del evangelio, y el narrador desea que los lectores no tengan duda alguna sobre el hecho de que brotó sangre y agua de Jesús crucificado.

Jesús ha confiado el Espíritu a la comunidad (v. 30); ahora confía la sangre y el agua de la Eucaristía y el Bautismo. Se cumplen la promesa de Jesús y el comentario del narrador en 7,37-39: «El que tenga sed venga a mí, y que todo el que crea en mí beba. Pues dice la Escritura: “De su corazón brotarán ríos de agua viva”. Se refería con ello al Espíritu, que recibirían los que creyeran en él; pues aún no se había dado el Espíritu, ya que Jesús no había sido todavía glorificado». El «todavía no» acontece «ahora», y el Espíritu (v. 30b) y el agua (v. 34) se dan a la comunidad de los discípulos de Jesús por el crucificado que ha llevado a su perfección la tarea encomendada (v. 30a). El autor presupone que el lector conoce y tiene experiencia del «agua» del Bautismo (cf. 3,5) y la «sangre» de la Eucaristía (cf. 6,53.54.55-56), y los vincula con la cruz. El relato joánico de la pasión trata de lo que le ocurrió a Jesús y de cómo le afecta a la comunidad del Jesús ausente. ¿Dónde está el traspasado en la vida de una comunidad cristiana que mira retrospectivamente, por lo menos tras el paso de dos generaciones, a los acontecimientos de la muerte de Jesús? Precisamente la ausencia del Jesús histórico, físico, en la comunidad es la que provoca la apasionada intervención del narrador en el v. 35. A pesar de su ausencia física, Jesús sigue estando presente en la sangre y el agua de las prácticas de una comunidad litúrgica.

Jesús ha cumplido las Escrituras de dos modos. Él es el perfecto Cordero Pascual, pues ninguno de sus huesos fue quebrantado (v. 36; cf. Ex 12,10; 12,46; Nm 9,12). Las indicaciones primeras de Juan el Bautista de que Jesús era el Cordero de Dios (cf. 1,29.35) llegan a su conclusión en el v. 36. En segundo lugar, a pesar de su ausencia, la comunidad de sus discípulos de todas las generaciones podrá encontrar la presencia del ausente y contemplar al que traspasaron (v. 37; cf. Zac 12,10). Dios se ha revelado en el traspasado, y esta revelación de Dios prosigue en el agua que mana y la sangre que se vierte en el Bautismo y la Eucaristía, respectivamente, que es cuando la comunidad litúrgica experimenta la presencia del ausente. La urgencia de este tema para una comunidad que ya no ve más a Jesús, condujo a la intervención del narrador en el v. 35: «El que lo vio ha dado testimonio y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis».